

JOSÉ RAMÓN. Que dices bien. Se levanta.

GONZALO. ¿Te vas?

JOSÉ RAMÓN. Sí; me he detenido mucho. Me esperan.

GONZALO. Pero ¿nos hemos de reunir?

JOSÉ RAMÓN. ¡Ya lo creo!

GONZALO. ¡Mira que te he visto entrar con mucha alegría!

JOSÉ RAMÓN. Pues cuando yo he venido á buscarte...

GONZALO. Seremos los amigos de Madrid.

JOSÉ RAMÓN. Que se han juntado en Guadalema. Se abrazan. Adiós.

GONZALO. ¿Vendrás mañana? ¿Dónde vives tú?

JOSÉ RAMÓN. Aún no tengo paradero fijo. Yo vendré. Además, quiero conocer á tus padres.

GONZALO. Y yo á tu chiquilla.

JOSÉ RAMÓN. ¡Ah; ya verás!... Adiós. No te muevas.

GONZALO. ¡Pero, hombre!

JOSÉ RAMÓN. No quiero que te muevas.

GONZALO. Si vas á enfadarte...

JOSÉ RAMÓN. Me enfado, sí.

GONZALO. Pues, adiós. ¿Hasta mañana?

JOSÉ RAMÓN. Hasta mañana. Encaminándose hacia el foro. (¡Iluso! ¡Lo que te va á doler la caída!)

GONZALO. Encaminándose hacia la derecha. (¡Ya tengo un amigo en Guadalema!)

JOSÉ RAMÓN. Volviéndose desde la puerta. Adiós.

GONZALO. Lo mismo. Adiós.

FIN DEL PRÓLOGO

## ACTO PRIMERO

Sala de tertulia en la planta baja del Casino de Guadalema, con balaustrada al foro que da á una plaza de la ciudad. Á la derecha del actor la puerta de entrada á la sala. Á la izquierda una puerta de arco que conduce al interior del Casino. En las paredes «panneaux» al óleo que representan diferentes vistas de España. Convenientemente colocados, sillones, butacas y mecedoras. En toda la sala divanes adosados á la pared. Aquí y allá veladorcitos y mesas volantes. En el exterior, delante de la balaustrada del foro, sillas y veladores de hierro, protegidos por un toldo grande. Es de día y en el mes de Mayo.

JOSÉ RAMÓN está sentado á la izquierda del foro, ante una mesita. Á su lado en una silla tiene un periódico. COLMILLO lee «El Alambique» sentado á la izquierda, en primer término, y MOLERO le hace compañía mientras limpia una boquilla de ámbar con paternal cariño. Cuando concluye de limpiarla saca otra de espuma de mar, y así sucesivamente. No hace otra cosa el hombre.

Colmillo es un ente vulgar, con cara de bilis, bigote mordido, ojeras profundas y traje de un bazar de ropas hechas. Alguna que otra vez se le ven las cintas de los calzoncillos. Tiene el feo vicio de morderse las

ñas, sobre todo cuando le desagrada lo que oye, que es, por lo menos, siempre que se habla bien de alguien.

Molero es un señorito rico de provincia, vago como él solo y un tante cursi, á pesar de sus pujos de figurín.

MOLERO. Está bueno el día: corrè un fresco muy agradable.

COLMILLO. No está malo, no.

MOLERO. Son cerca de las tres. ¿Vámonos dando un paseo hasta los Alamillos?

COLMILLO. ¡Ojalá pudiera!

MOLERO. ¿Tiene usted que volver al Instituto?

COLMILLO. No; pero tengo que ir á casa de Marenco, á repararle la asignatura al niño mayor, que es bastante arrimado á la cola. Bien es verdad que allá se le van todos los de la clase. Porque yo no he visto tarugos como los estudiantes de Guadalema. Usted dispense.

MOLERO. No hay de qué: yo no estudio nada.

COLMILLO. El otro día se descolgó uno de ellos diciéndome que la vía láctea está en Galicia; porque él había leído en el texto que es el camino de Santiago.

MOLERO. ¿Y está en Galicia, efectivamente?

COLMILLO. Después de mirarlo con indignación. Sí. ¡Nicolás Copérnico!

MOLERO. ¿Cómo?

COLMILLO. Nada: leía...

Salé BAUTISTA por la derecha arrastrando los pies, con un servicio de te para José Ramón.—Bautista es un mozo viejo del Casino que apenas puede con la librea. Habla con vocécita atiplada y suave. Entra y sale durante todo el acto.

JOSÉ RAMÓN. ¿Viene ya hecho, Bautista?

BAUTISTA. Sí, señor; he estado esperando, por lo mismo. Le sirve el te. ¿Quiere usted unas gotitas de anisado?

JOSÉ RAMÓN. No; no quiero nada.

BAUTISTA. Pues hace buen estómago con el te.

JOSÉ RAMÓN. Sí; pero á mí no me gusta.

BAUTISTA. Entonces... El gusto es lo primero.

Hace como que se va y no se va: el hombre quiere pegar la hebra y no sabe por dónde tomar la embocadura. Vamos... que no lo puede usted negar, señorito...

JOSÉ RAMÓN. ¿Qué?

BAUTISTA. La satisfacción... la alegría que por dentro le anda...

JOSÉ RAMÓN. ¿Á mí?

BAUTISTA. Es claro; como usted ha sido su amigo inseparable... y lo quiere tan bien...

JOSÉ RAMÓN. ¿Qué dice usted, hombre?

BAUTISTA. De don Gonzalo hablo.

JOSÉ RAMÓN. Ah, vamos. Lo de todos los días.

Lo escucha conteniendo su mal humor.

BAUTISTA. ¡Mire usted que ha sido subir como la espuma!... En dos años, una eminencia, como dicen...

JOSÉ RAMÓN. Sí, sí...

BAUTISTA. Yo lo quiero... lo mismo que si fuera mi hijo. ¿No ve usted que el padre y yo fuimos uña y carne?... Peleamos juntos cuando la República... Pero mire usted lo que tienen las cosas: el señorito me da mucho respeto... más que si fuera otro... Algunas veces, cuando lo veo, me acuerdo

de su padre y se me saltan las lágrimas... La vejez, ¿no es verdad? ¿Quiere usted más azúcar?

JOSÉ RAMÓN. No; tengo bastante.

BAUTISTA. ¿Y el anisado; no se decide usted? Unas gotitas...

JOSÉ RAMÓN. No, señor, no.

BAUTISTA. Antes, así que él empezó á curar y á hacerse famoso, aquí en el Casino era la comidilla de todo el mundo... «¡El hijo de Vega el herrero! ¿Ha visto usted? Dicen que vale tanto... Que si ha salvado al niño de Tal, y al niño de Cual... Suerte, suerte...» En un principio no querían creer que valía ni á tres tirones... Esto ha sido la bola de nieve .. Poquito á poco .. poquito á poco... Pero lo que yo pienso para mí...

JOSÉ RAMÓN. Y para mí también.

BAUTISTA. Cuando tanto dicen y hablan de él, será que lo vale, ¿no es verdad?... ¿no es verdad que sí?...

JOSÉ RAMÓN. ¡Ah, es claro!

BAUTISTA. ¿Á que de mí no dicen nada, ni de usted tampoco?

JOSÉ RAMÓN. ¿Eh?

BAUTISTA. La bomba gorda fueron los discursos que echó este invierno pasado en Madrid. ¡Madrid! ¡Madrid! Eso suena. ¡Y qué disputas aquí, madre santa! ¡qué peloterías! Hasta palos ha habido... Bien que no le cuento á usted nada nuevo... «Que si presumido, que si tonto, que si más le valiera seguir en la herrería...» Ya ve usted qué pasión de hombres... El señor Solano defiende mucho al señorito... ¿verdad? Es buena persona...

Á mí me gusta ver cómo acorralla las más veces á los murmuradores... ¡Qué frescas les dice!... Usted también gozará mucho en oirlo, ¿no? Como usted es el único amigo que D. Gonzalo tiene... Amigo, amigo, lo que se dice amigo, ¿usted me comprende?

JOSÉ RAMÓN. De sobra, hombre.

BAUTISTA. Qué, ¿le molesto quizás con mi charla? Usted perdone, señorito. ¿Es que le duele la cabeza? Si tomara café en lugar de te... ¿Y las gotas, las gotas...?

JOSÉ RAMÓN. Ya le he dicho que no me gustan.

BAUTISTA. Hace poco pasó por ahí... Sigue hablándole bajo.

DON MELCHOR sale por la izquierda, momentos antes de concluir la escena anterior, con cuatro ó seis periódicos en la mano y dos ó tres debajo del brazo. Es un señor gordo que tiene algo de urraca. Va de aquí para allá recogiendo codiciosamente los papeles que encuentra en mesas y butacas, sin atreverse con el que ve junto á José Ramón, y al fin se sienta sobre todos en una mecedora de la derecha, y se dispone á leer uno de ellos. Apenas se ha sentado llama á Bautista.

DON MELCHOR. Bautista, haga el favor. Bautista, embebido en su charla, no se entera. ¡Bautista!

JOSÉ RAMÓN. ¿No oye usted que lo llaman?

BAUTISTA. Ah; no había oído. Á don Melchor. Mándeme usted.

JOSÉ RAMÓN. ¡Gracias á Dios!... ¡Qué monserga de viejo!

DON MELCHOR. ¡Á ver si ese de arriba ha terminado ya con el *Blanco y Negro* y *La Ilustración*!

BAUTISTA. Voy. Me dejan solo; estoy yo para todo...

DON MELCHOR. Sí, sí.

BAUTISTA. El uno á almorzar, el otro á ver á la novia...

DON MELCHOR. Ya, ya lo sé.

BAUTISTA. Y el pobre Bautista... Retírase por la puerta de la izquierda hablando entre dientes.

DON MELCHOR. Hojeando una revista ilustrada. *El Mundo en los dedos...* «Ventajas del frío sobre el calor»... «¿Conviene dormir siesta?»... «Receta contra el hipo»... «Los mosquitos, ¿sudan?»... «¿Quién fué un rey que entró á caballo un martes á las tres y veinte en una ciudad española, fumando en pipa?»... «El adulterio en las pulgas»... «La nieta del lodo: continuación». Hoy viene para relamerse de gusto. Se dispone á saborearlo todo gota á gota.

COLMILLO. Soltando la carcajada. ¡Qué barbaridad! ¡Este Pozo es mefistofélico!

DON MELCHOR. Pero ¿usted lee todavía *El Alambique*?

COLMILLO. Sí, señor; y me divierto en grande. Molero, oiga usted. Oigan ustedes esto. Lee. «Se dice que la señora de Rufete...» Rufete es el Delegado de Hacienda.

DON MELCHOR. El Delegado de Hacienda se llama Rufo.

COLMILLO. Ya lo sé; pero Pozo le pone Rufete para embozar la pulla. Volviendo á leer. «Se dice que la señora de Rufete tiene cara de pocos amigos. ¿De pocos amigos? ¿Como que no tiene más que uno!»

Suelta otra vez la carcajada, Molero lo secunda.

DON MELCHOR. Indignado. ¡Hombre! ¡hombre! ¡eso no debe tolerarse!

COLMILLO. ¡El Delegado tolera lo otro!...

DON MELCHOR. ¡Y vaya una manera de embozar la alusión, amigo!... ¡Si la llega á dejar á cuerpo!... Yo no sé cómo en Guadalema se consiente...

COLMILLO. ¡Es que donde más y donde menos hay ropa sucia!

DON MELCHOR. ¡Alto allá! ¡que ese trasto de Pozo la ha tomado con mi notaría, y en mi notaría nos vestimos á diario de limpio!

COLMILLO. Don Melchor, que yo no lo he dicho por tanto.

DON MELCHOR. Item: en todos los números de su papel se dedica á poner en solfa la oda que me premiaron en los Juegos florales; y ya quisiera él saber saludar á un endecasílabo mío. Item: en el número del martes último, tuvo la avilantez de decirme con todas sus letras que *como pienso*.

MOLERO. ¿Que cómo piensa usted?

DON MELCHOR. No, señor; ¡que *como pienso*!

Colmillo y Molero ríen á carcajadas. ¡Ríanse, ríanse ustedes!... Cuando diga que el auxiliar de la cátedra de Geografía de nuestro Instituto acepta habanos, y aves de corral, y hasta dinero para aprobar á los alumnos...

COLMILLO. ¡Oiga usted! ¡oiga usted! ¡es que eso no es verdad!

DON MELCHOR. Ah, pero ¿usted cree que es verdad que yo *como pienso*?

COLMILLO. ¡Tampoco!

MOLERO. Don Melchor, esas cosas le ocurren á usted por ser excesivamente puritano. Mire usted: á papá le ha llamado Pozo en *El Alambique*,

ilustre moralista, gran patricio, glóbulo rojo de la sociedad de Guadalema... ¡eche usted flores!

DON MELCHOR. ¡También le costó lo que usted no querrá decirnos!

MOLERO. ¿Dinero? ¡Ca! ¡Un poco de embuchado de Salamanca, y un chaqué de trencillas que á mí se me había quedado estrecho!

*Colmillo se ríe.*

DON MELCHOR. ¿Le parece á usted?... ¡Vamos, si dan ganas...! ¿Y han de estar las reputaciones...?

*Viendo un rayo de luz y viniéndose á las buenas de pronto. Escuche usted, Molero: ¿usted cree que con una docena de calcetines que yo no uso porque me están cortos, me dejaría en paz la oda?*

MOLERO. Qué sé yo... qué sé yo... La oda es muy larga...

DON MELCHOR. Ah, no; pues los calcetines son cortos.

MOLERO. Pruebe usted, á ver.

*Vuelve BAUTISTA por donde se marchó.*

BAUTISTA. Á don Melchor, dándole los periódicos que nombra. *La Ilustración y el Blanco y Negro.*

DON MELCHOR. Gracias, Bautista. Alza una pierna y los coloca sobre los otros.

BAUTISTA. No las merece. ¿Ha terminado usted ya con el *Heraldo de Madrid*?

DON MELCHOR. ¿Quién lo pide?

BAUTISTA. El señor Manteca.

DON MELCHOR. ¡El señor Manteca! ¿Para qué querrá el *Heraldo* el señor Manteca? Dígale usted que no trae nada de lo suyo.

BAUTISTA. Como me lo ha pedido...

DON MELCHOR. ¡Qué pesados se ponen algunos! Creen que los periódicos vienen aquí para ellos nada más. Alza otra vez la pierna, cuenta cuatro periódicos sin mirarlos, y saca el que hace cinco, que es el «Heraldo» precisamente. Tome usted.

MOLERO. Bautista.

BAUTISTA. Señor.

MOLERO. Tráeme una cajetilla. De los míos, ¿eh?

BAUTISTA. En seguida voy. Me dejan solo; estoy yo para todo...

MOLERO. Ya, ya...

BAUTISTA. El uno que la novia, el otro que el almuerzo... Y el pobre Bautista es el burro de carga... Vase por la puerta de la izquierda, refunfuñando.

*Asómase BERRUGUETE desde el exterior á la balaustrada del foro.*

BERRUGUETE. Señores, muy buenas tardes.

DON MELCHOR. Buenas tardes.

BERRUGUETE. ¿Está Gonzalo Vega?

COLMILLO. No, señor; ni falta.

BERRUGUETE. ¿No está, eh?... Bueno, pues... En ese caso... ¿Pero no saben ustedes la novedad?

COLMILLO. Ni ganas; no, señor.

BERRUGUETE. Ah, ¿ni ganas? Pues por mí... Desahogando su contrariedad. ¡Ningún trabajo cuesta ser amable! ¡Digo yo!... Vaya, abur. Vase hacia la izquierda.

*Este Berruguete es un buenazo, con un corazón como una sandía y una cabeza como una aceituna. Viste modestísimamente, y es de los que se dejan la barba, que no tienen, por ahorrarse el dinero del afeitado.*

COLMILLO. Me carga ese hortera.

MOLERO. No es hortera. Está empleado en el escritorio de los sobrinos de Carranza.

COLMILLO. Tanto monta. Es un tío dulzón, lame-lame, antipático... adulando siempre al tal Gonzalo Vega... También á ese le echa *El Alambique* una flor.

MOLERO. Ese sí que me carga á mí.

COLMILLO. Ese nos carga á todos.

José Ramón, apenas oye lo de «El Alambique», se levanta haciéndose el distraído y va poco á poco acercándose á Colmillo y Molero hasta que coge «El Alambique», y lee lo que le interesa.

Sale BAUTISTA por la puerta de la izquierda y se va á la calle. Óyese el cascabeleo de un coche que pasa á distancia. Molero se asoma á la balaustrada y mira hacia la izquierda como para verlo.

MOLERO. Hombre, el coche de la Fonda Nueva.

COLMILLO. ¿Viene alguien?

MOLERO. Sí; un par de señoras.

COLMILLO. Gente del teatro, será.

MOLERO. No; si la compañía del Principal empezó anoche.

COLMILLO. ¿Estuvo usted?

MOLERO. Un ratillo. No me gustó la obra. Como no había gente...

COLMILLO. Ah, ¿no había gente? ¡Me alegro! Y es que el público está encanallado, envilecido; todo el mundo se va al asqueroso barracón zarzuelero.

MOLERO. ¿Y usted por qué no fué al Principal?

COLMILLO. Porque me distraigo más en ese inmundo barracón. Allí paso la noche.

MOLERO. A José Ramón. ¿Qué hay, amigo?

JOSÉ RAMÓN. Muchas cosas: cansancio, mal humor, pereza... muchas cosas.

COLMILLO. Tiene usted mala cara.

JOSÉ RAMÓN. Pues hoy es lo mejor que tengo.

Se aparta y pasea.

COLMILLO. En voz baja, á Molero. Me revienta este tío, con esa eterna *pose* de hombre desengañado del mundo.]

MOLERO. Debe de estar enfermo, ¿no cree usted?

Don Melchor repara en José Ramón, que pasea; mira hacia el sitio donde antes estaba, ve el periódico que dejó, y en el acto se levanta, va por él, lo dobla y lo prensa con los demás.

SOLANO grita dentro.]]

SOLANO. Después de todo, á mí me tocas tú las narices, y me las toca éste, y me las toca el cabildo, y el Ayuntamiento, y Guadalema entera! ¡Se acabó!

DON MELCHOR. ¿Qué es eso?

JOSÉ RAMÓN. El cojo, que se conoce que ha perdido.

MOLERO. Pues habrá que oirlo.

JOSÉ RAMÓN. Cuando pierde es gracioso de veras.

COLMILLO. Sí; pero se pone muy pesado.

Sale SOLANO por la puerta de la izquierda y se sienta en una de las butacas del primer término, ante un velador, enfrente de Molero y Colmillo. Es cojo de la pierna derecha y hombre de unos cincuenta años de edad, de frente ancha y noble, abundante cabello, barba revuelta, ojos cargados de carne y cara encendida. Anda con ayuda de una muleta que se coloca debajo del brazo. Viste con mucho desaliño, pero con limpieza.

SOLANO. Si no se metiera uno á discutir con mulos de noria... Buenas tardes, señores.

JOSÉ RAMÓN Parece que ha fermentado el mosto, amigo Solano...

SOLANO. Hombre, estoy rabiando por oírte decir algo con sentido común. No se te ocurren más que sandeces.

Todos se ríen.

JOSÉ RAMÓN. Y qué, ¿se han dado ases?

SOLANO. ¡Se han dado jorobas!

JOSÉ RAMÓN. Yo, en cuanto vi subir al tío de las patillas negras, dije para mí: Solano pierde hoy.

SOLANO. Calla, hombre; ¡si le voy á cortar el pescuezo! Os advierto que iba como los ángeles. Dos golpes más, y desbanco. Pero ¡joroba! desde que entró ese licenciado de presidio, me vino la negra. ¡Un día lo mato! En serio. ¡Bautista!

COLMILLO. Si se hubiera usted quedado aquí con nosotros...

SOLANO. ¿Para qué; para oírte despellejar á medio mundo, sin gracia ninguna, y ver á ese otro limpio que limpia pipas?...

MOLERO. ¡Como que mis pipas no valen nada!... Qúitese usted el polvo de los ojos y mire esta. Se levanta y le da la que está limpiando.

Aparecen DOMÍNGUEZ y GORDILLO por la izquierda, y se sientan á charlar ante uno de los veladores de la plaza. Domínguez es grueso y Gordillo flaco.

SOLANO. Pues no me llama la atención... ¡Bautista!

MOLERO. Atisbe usted por ese cristalito verde.

SOLANO. Ah, vamos... Mirando por el cristalito. ¡Hola!

Este es otro cantar. Donde hay mérito yo lo reconozco. ¡Qué poca vergüenza debe de tener esta ninfa!

La boquilla va pasando de mano en mano.

JOSÉ RAMÓN. Á ver... No es mala persona, caballeros.

COLMILLO. ¿Me hace usted el favor?

MOLERO. Cuidado, no se caiga.

JOSÉ RAMÓN. Esa debe usted llevarla mañana al Instituto para enseñársela á los niños.

COLMILLO. Los niños saben más que yo.

SOLANO. No es difícil.

COLMILLO. ¿Y para mí que estas pornografías no tienen gracia?

DON MELCHOR. ¿Me permite usted?

MOLERO. Sí, señor.

DON MELCHOR. ¡Hombre! ¡hombre! ¡hombre! ¡Qué posturita!... Se da cierto aire á... Se calla de repente.

DOMÍNGUEZ. Desde el fondo. ¿Se puede ver, señores?

MOLERO. Con mucho gusto.

GORDILLO. ¡Venga! ¡venga!

COLMILLO. Mientras Molero les enseña la boquilla á los otros. Es imbécil este Molero.

Sale por la puerta de la derecha BAUTISTA, y le entrega á Molero el tabaco que trae para él.

SOLANO. Bautista, ven acá.

BAUTISTA. En seguida, señor Solano. Aquí tiene usted, señor Molero.

MOLERO. Quédate con la vuelta.

BAUTISTA. Gracias, señor Molero. Á Solano. Us-

ted dirá, señor Solano. Me dejan solo; estoy yo para todo... ¿Una copita?

SOLANO. Vas á traerme de ese alto licor celestial que tomo yo los días que pierdo.

BAUTISTA. Je, je... Se conoce que pierde usted todos los días... Je, je, je... Vase por la puerta de la derecha.

COLMILLO. Me molesta que los criados se tomen confianzas; pero tiene razón. No sé cómo ni para qué bebe usted tanto.

JOSÉ RAMÓN. Hace bien: ojalá pudiera yo imitarlo. Beber es olvidar lo malo.

SOLANO. Beber es recordar lo bueno. Pero yo, si bebo, no es por eso tampoco; es por amor á la humanidad. ¡Que conste!

COLMILLO. ¡No entiendo esa fanfarronada!

SOLANO. ¡Porque has nacido con una quesera sobre los hombros!

COLMILLO. Un poco picado. Tampoco entiendo por qué me habla usted siempre de tú.

SOLANO. ¡Toma! ¡Porque le hablo de tú á todo el mundo! Cogiendo una botella de coñac que le trae BAUTISTA, el cual, después de servirle una copa, se detiene como embelesado oyéndolo hablar. Escucha, para que te expliques lo generoso de mi bebida: entre el racimo de uva cuajado ya, y la llegada de esta botella al Casino, hay el trabajo de miles y miles de hombres. En el campo, los vendimiadores que cortan el racimo de la vid; en el lagar, la gente que pisa la uva y todo el personal de bodegas; eso, por dentro. Por fuera, obreros de las fábricas de cristal, de papel, de alambre, de lacre y de corcho... En la etiqueta nada más

tienes que trabajan dibujantes, litógrafos é impresores... Cada industria general arrastra consigo un ejército de industrias auxiliares, ¿comprendes? Para tirar esta etiqueta en la imprenta hacen falta cajetines de madera, letras de plomo, máquinas de acero, tintas de colores... Las tintas vienen de París ó de Roma; las letras y las máquinas de Berlín ó de Londres... Barcos y trenes en movimiento, que cruzan los mares y las tierras... fogoneros y maquinistas que trabajan... marinos que viven... casas de comercio en trajín incesante... cartas que van y vienen... el telégrafo vibrando á todas horas... ¡Qué sé yo á la gente que le doy de comer con cada copita que me bebo!... Se bebe una.

Todos se ríen. Dominguez y Gordillo se levantan y se van hacia la derecha como para entrar en el Casino.

JOSÉ RAMÓN. ¿Y hoy se siente usted muy filántropo?

SOLANO. Como nunca. Bautista, despídete de la botella, que he perdido mucho.

BAUTISTA. Yéndose por donde salió, riendo. Está bien, está bien.

COLMILLO. ¿De manera que vamos á tener discurso á todo chorro?

SOLANO. Mientras hablo yo callas tú, y eso van ganando los señores.

Salen DOMÍNGUEZ y GORDILLO por la puerta de la derecha y pasan hacia la de la izquierda, muy abstraídos en su conversación.

DOMÍNGUEZ. No, no, no; por tres tablas no hay carambola. Fijese usted, ¿eh? Pico alto; mucho efecto, ¿eh? cojo media bolita nada más, tomo el recodo, ¿eh? evito el retruque, ¿eh? ¿eh? y caram-